

La juventud y la redención de la política

Eduardo Hernando Nieto

Abogado. Profesor de teoría legal y teoría política en la Pontificia Universidad Católica del Perú, la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y la Academia Diplomática del Perú.

¿Qué es mejor, tener reglas y estar todos de acuerdo o cazar y matar?
William Golding, *El Señor de las Moscas*.

Si en algo podemos estar todos de acuerdo sobre nuestra realidad política es en la incapacidad social y en la incapacidad del gobierno para resolver nuestros conflictos más elementales. En este sentido, resulta por demás evidente el fracaso contundente de una generación o una clase política que no fue capaz de “cabalgar al tigre” y que, por el contrario, nos ha conducido al facilismo e inmediatismo de las políticas de coyuntura y a los politicastros de ocasión que aliados con una tecnocracia a veces ingenua y otras veces no tanto, muestran los signos propios de un proyecto político agónico.

Sin embargo, el mundo anterior a esta crisis no estaba tampoco más próximo a la *praxis* de lo que podría ser entendido como un verdadero orden político. El entorno político que antecedió a la crisis mencionada podía ser descrito entonces, como el espacio de las ideologías y del poder que alcanzaran sus niveles pico en las revoluciones burguesas de 1789 y proletarias de 1917 y que de alguna manera estarían todavía presentes actualmente en muchos movimientos dogmáticos curiosamente llamados anti-ideológicos⁽¹⁾.

Lo interesante de todo esto es que tanto el

primer como el segundo modelo pueden ser equiparados ciertamente a una imagen propia dentro de la naturaleza humana o, mejor dicho, dentro de la evolución biológica de la naturaleza humana.

En consecuencia, en este pequeño ensayo que espero pueda servir para un propósito más profundo y detallado en el futuro, voy a tratar de ligar al primero de ellos con lo que sería fundamentalmente el sentido propio de la vida adulta dentro de un contexto como el actual. Es decir, que este espacio contingente con su orden espontáneo, su globalización y su prédica por la racionalidad de las elecciones individuales, será conocido y tipificado como el mundo de los mayores (o burgueses, como podrían decir tanto los marxistas como los miembros de la revolución conservadora alemana del período de entreguerras), que como adultos no pueden ser sino sujetos altamente racionales y realistas a su manera (vale decir pragmáticos) que carecen de ideales porque su mira de acción está exclusivamente en el ser, pero no el SER en mayúsculas como le gustaría a Heidegger, sino en el ser de su inmediatez egoísta. Es, en pocas palabras, el yo o ego desencarnado de su comunidad⁽²⁾.

Ahora bien, en el caso del segundo modelo, es evidente que la conexión va más bien por el lado del idealismo radical y de la ingenuidad e ignorancia

(1) Estamos pensando fundamentalmente en aquellos dogmáticos defensores del mercado y la globalización que a pesar de ser enemigos de las ideologías defienden su posición con respecto al proceso de globalización con los mismos argumentos y las mismas formas de aquellos que abogan por distintas ideologías. Sobre esta corriente dogmática pero al mismo tiempo escéptica frente a las ideas, ver el magnífico y reciente trabajo de GRAY, John. *False Dawn. The delusions of global capitalism*. Londres: Grant, 1998.

(2) Cfr. SANDEL, Michael. *Liberalism and the limits of justice*. Cambridge: Cambridge University Press, 1989.

que es afín, según pienso, con el mundo de los niños. Como en la fábula existencial y política de *El Señor de las Moscas* de Golding, los niños alejados de la racionalidad de los adultos se convierten rápidamente en monstruos capaces de las más terribles perversiones como la comisión de crueles asesinatos. Es éste, entonces, el espacio de la barbarie y de la fuerza bruta aunque, valga reconocer, es también el lugar del idealismo tan necesario para cualquier acción política como veremos más adelante.

La razón para hacer esta referencia al mundo de los adultos y al mundo de los niños no tendrá otro objeto entonces que el de destacar las debilidades de las sociedades contemporáneas (mundo de los adultos) y el de las sociedades que pavimentaron el camino para la concreción de este mundo inorgánico, esto es, el mundo ideologizado y totalitario de los niños.

En consecuencia, si ni los adultos ni los niños han resultado capaces de establecer un orden político, ¿qué estadio de la naturaleza humana podría encargarse de tal fin?

Hurgando en los textos clásicos de la filosofía política pensamos que podemos orillar una respuesta: el mundo de los jóvenes que no es otro que el espacio sagrado de la Academia, en aras por conseguir revelar el verdadero y mejor régimen político.

Así pues, podremos encontrar que entre los jóvenes discípulos de los maestros filósofos ardía siempre una llama que buscaba por todos los medios una síntesis de la razón (que apela siempre al reconocimiento de una ley superior a la voluntad por ejemplo) y que sin embargo no podría anquilosarse porque en ellos se encontraba también presente la fuerza y la belleza del espíritu idealista.

Es pues, en la combinación de la razón y el ideal, en el reconocimiento de una ley trascendente pero que al mismo tiempo deberá realizarse “aquí y ahora”, que la juventud sobrepasa con creces los modelos anteriores y sus consecuencias en la vida

política de nuestra civilización. En tal situación, lo prudente no puede ser sino el optar por la vía de la juventud como la única alternativa válida para la restauración de un auténtico orden político y ése será entonces el tenor general y el espíritu de este ensayo que aquí presentamos.

1 De cómo los niños se convierten en adultos.

Quizá la más antigua referencia al estadio de la niñez podemos encontrarla en el libro primero de *La República* de Platón donde Trasímaco -el sofista- desafía las definiciones clásicas de la justicia para establecer una muy propia que coloca a la justicia en el camino no de la igualdad ni de la distribución o el mérito, sino en la peligrosa vía del poder: “justicia es lo que decide el más fuerte”. En tal situación, todos los demás están obligados a obedecer. Es así que la fuerza pura determina finalmente lo que es bueno o malo mediante el ejercicio arbitrario de la voluntad.

Definitivamente el poder siempre ha sido una tentación para los simples mortales, por ejemplo, en el libro segundo de *La República* aparece el relato del pastor Gíges que vivía en las tierras del rey de Lidia. Gíges un día encuentra un anillo mágico que lo hace invisible ante los hombres cuando lo mueve. Con este don en sus manos un hombre común como Gíges descubre el Poder y se embarca en la aventura de seducir a la mujer del rey de Lidia, matarlo luego y quedarse así con el trono y la mujer. ¿Qué es lo que quería decir Platón con esta moraleja que por cierto él mismo no inventó, sino que se contaba de tiempo en tiempo? Evidentemente, lo que estaba resaltando era el lado oscuro de la naturaleza humana, describía a los hombres como sujetos ambiciosos que sólo restringen su conducta cuando existe la posibilidad de un castigo externo que los constriña. Empero, como en el caso de Gíges, tan pronto el hombre se entera que no va a ser susceptible de ninguna pena (por la invisibilidad

conferida por el anillo), entonces se transforma en un sujeto vil dispuesto a todo por conseguir lo que desea. Dicho sea de paso, el mismo arquetipo lo hemos podido encontrar en la *Lámpara de Aladino*, en el *Tesoro de Ali Baba* o muy bien satirizado por el Mr. Hyde de Stevenson.

Como podíamos deducir entonces, el poder estaba conexo a la ambición y más específicamente a la inmadurez o ignorancia. El poderoso era o encarnaba la propia ley, a la que sometía expresamente al resto. Por eso no reconocía ninguna ley superior y él mismo podía representar de facto a la moral.

Ahora bien, para que pueda haber nacido esta manifestación de este poder o forma de poder moderna, era palpable que se necesitaba ya la consistencia de una voluntad completamente autónoma y soberana y por qué no, hasta rebelde. ¿No sería acaso Adán el primero en violar la ley o desconocerla al desobedecer a Dios? La civilización adánica entonces tuvo que lidiar desde siempre con el problema del poder y la voluntad. De alguna manera el hecho de que los filósofos se ocuparan tanto de este mismo problema, demuestra a las claras las características y dimensiones metafísicas de la situación existencial.

Con el correr del tiempo, la concepción de la autonomía seguiría medrando y por eso durante el renacimiento aparecería de manera clara el concepto de libertad negativa vinculada inicialmente a la constitución de las repúblicas italianas del norte de la península. Dicho concepto sería justamente el requisito *sine qua non* para poder dar paso a la libertad positiva, es decir, a la acción transformadora, a la técnica moderna. Por cierto, en base a esa definición de la política como técnica del poder, Maquiavelo inauguraría la Ciencia Política moderna, es decir la ciencia del poder instrumentalizado.

Inmediatamente después, Thomas Hobbes en

el siglo XVII presentaba su modelo político para un estado de necesidad o emergencia que precisamente aparecía al haberse desarrollado excesivamente el concepto de libertad negativa y autonomía. Hobbes estaba seguro que la naturaleza humana había llegado demasiado lejos y había que buscar un remedio a esta situación que estaba originando una indebida colisión de derechos. Los hombres colocados en el estado de naturaleza (reino de la libertad absoluta)⁽³⁾ eran simplemente caníbales que se disputaban un botín a cualquier precio. La lucha por la supervivencia planteaba, sin embargo, contrariamente a lo que se supusiese, una agudización de la razón, es decir, que los hombres o bien por el temor a la muerte o por el miedo a la humillación o por el deseo de sobresalir, podían transformarse en sujetos racionales que podían llegar inclusive a la conclusión de que la mejor manera para garantizar un escenario de paz y evitar el conflicto que a la larga podía perjudicar tanto a poderosos como a débiles, era el ceder este derecho natural de la libertad absoluta a una autoridad soberana que se encargase de neutralizar a todas las libertades individuales mediante la creación de este poder soberano o “Dios mortal” que sería conocido de aquí en adelante como el Leviathan, es decir, el Estado moderno.

Los hombres, entonces, en el estado de naturaleza no podían ser identificados como auténticos hombres, sino más bien como niños que se encuentran en pos de conseguir un mismo juguete y para tal fin no importan los medios a emplear con tal que se les permita ser los ganadores. Si ganamos, entonces estaremos en capacidad de crear la ley e imponernos a los demás. Ahora bien, la lucha podía, sin embargo, prolongarse indefinidamente y en este sentido ya no podría producirse una sumatoria cero (gana el más fuerte) sino que la suma podría ser negativa para todos (nadie es ganador). Por otro lado, las pasiones

(3) Esta inclusión del llamado estado de naturaleza en este periodo tiene como fundamento la difusión del pensamiento estoico desde inicios del Renacimiento. El estado de naturaleza tenía como función deslegitimar la metafísica católica al compararla con un estadio primitivo, violento y arbitrario. En su reemplazo aparecería la civilización o la moral moderna que superaría las limitaciones del mundo religioso por medio de la voluntad y la razón, es decir, por el poder individual.

añadían un elemento central para la explicación de las conductas, pues esta perspectiva requería que el comportamiento fuese en esencia emocional. Los niños entonces actuaban por impulsos, deseándolo todo pero sin saber en realidad por qué, pero eso sí, muy seguros de que cada uno de ellos podía -y debería- tener derecho a todo. A pesar de esto, no había que soslayar el aporte cierto que podían brindar los niños y que iba en el sentido del idealismo que podíamos encontrar en sus actos. En otras palabras, había en ellos una vitalidad imprescindible también para una actitud política adecuada y de hecho nadie podía ir en contra del principio de que el poder estaba entrelazado con el acto, y el poder en este sentido tenía que ser entendido básicamente como un poder tanto para hacer el bien como para hacer el mal. Podríamos concluir, entonces, que el poder visto desde esta óptica no era sino un elemento neutral y aquí radicaba ciertamente su peligrosidad... el poder era una tentación y, más que una tentación, una fatalidad para los niños. Pero, ¿por qué los niños no pudieron controlar el poder?

Como lo habíamos dicho, los niños se caracterizaban, sobre todas las cosas, por no respetar ninguna ley, a menos que sea la hecha por mano propia. En consecuencia, sus actos no podían orientarse jamás hacia la equidad y la prudencia de la ley trascendental, sino que quedaba en la esfera de la arbitrariedad individual. Los niños ignoraban la ley en el verdadero sentido metapolítico del término, lo que implica en palabras sencillas que carecían de límites o frenos. La historia por cierto, jamás fue mezquina en brindarnos ejemplos de tiempos bárbaros y allí, sin duda, están todos los movimientos totalitarios del siglo XX, así como también algunos regímenes autocráticos que muy bien podrían ir desde el Renacimiento hasta la instauración del absolutismo dieciochesco para llegar finalmente al reino jacobino tras la revolución francesa.

Siguiendo el mismo análisis hobbesiano había que reconocer que los niños en el poder, tarde o

temprano, ocasionarían más caos que armonía justamente por estar basados en la arbitrariedad de sus deseos antes que en la búsqueda de un equilibrio entre todos, lo que implicaría renunciar a muchos de nuestros deseos en favor del sostenimiento de la paz. Para poder llegar a este extremo entonces sería necesario el reconocimiento de algún tipo de norma interna o en su defecto externa, pero desde el momento que definimos al niño como aquél que desconocía la ley, la opción del gobierno de los niños debía ser descartada.



El horror causado por la práctica de la política de los niños, llevaría a los seres humanos a rechazar su dominio y figura y buscar así una segunda vía que sí pudiese ser capaz de reconocer algún tipo de norma, pues el gran drama del gobierno de los niños era la tiranía. En este sentido, el gobierno de los adultos rescataba por sobre todas las cosas la presencia de una barrera legal contra el absolutismo y contra el dominio de las pasiones. Invocaban entonces el gobierno de la razón y la ley, la ley hecha razón y la razón convertida en norma.

El siglo XVIII sería definitivamente el primer gran paso dado por los adultos para ocupar el lugar de los niños. El gobierno de los adultos debía entenderse básicamente como el gobierno de la razón, la razón de la ley (la ley equivalente a la razón) que se impone sobre la irracionalidad del estado de naturaleza y sobre las pasiones que finalmente aparecen domeñadas, con lo que la arbitrariedad de las acciones humanas quedaba también controlada.

Empero, dicha ley racional en realidad no podía ser comparada a la ley natural que la razón descubría como acontecía con el derecho natural, sino que había aquí paradójicamente una ley creada de manera tan arbitraria como lo eran también los caprichos de los niños. Los adultos habían maquillado con el barniz de la razón lo que era también una expresión de voluntad individual, en el sentido de que la ley que ellos reconocían era una creación humana (expresión también de su voluntad, en este caso la voluntad popular) y por ese lado finalmente tenía que ser equivalente al concepto del poder.

Ahora bien, a diferencia de los niños, los adultos tenían la limitación de no ser necesariamente idealistas, sino que respondían más bien a una dimensión del pensamiento más calculadora que pasional. No por nada Nietzsche los denominaría los monstruos fríos que carecían de sangre en las venas. Aquí, entonces, se marcaba una distinción sustantiva en relación al carácter central de los niños, aunque había ciertamente un punto central que colocaba a ambos en la misma línea de partida, a saber, el egoísmo.

Pero los adultos eran, digámoslo así, más astutos para ocultar este talante. Así como pregonaban que la ley racional surgía para dominar y controlar el poder -cosa que era absurda pues si la razón no fuese también un poder entonces no podría haber

derrotado al absolutismo o a la dictadura jacobina, por ejemplo-, también señalaban muy “ingenuamente” que no eran individualistas o egoístas, sino que consideraban que la mejor manera para defender y preservar a la comunidad política era a través de la protección de los derechos individuales y la libre competencia del mercado⁽⁴⁾. Esta vena hipócrita hasta cierto punto podría ser considerada como un punto en contra en relación a los niños que nunca mentían y que abiertamente declaraban que deseaban o que buscaban imponer sus deseos. En el fondo los adultos querían exactamente lo mismo pero jamás lo decían, pues el cálculo costo-beneficio así lo recomendaba.

Por otro lado, la experiencia de los adultos les daba también ciertas ventajas, pues ellos sí habían conocido en algún momento de la historia de la existencia de una ley trascendente⁽⁵⁾, pero como lo venimos diciendo, tampoco tenían interés en cumplirla. En realidad, los adultos *au fond* no eran auténticos creyentes a pesar de la utilización de todo un lenguaje teológico⁽⁶⁾ y por eso sus dudas y su escepticismo se dirigían hacia todo lo real que no hubiese sido producto de su propia razón. René Descartes, John Locke e Immanuel Kant podrían ser considerados, en este sentido, como los progenitores de la política de los adultos.

Pero, si tanto confiaban los adultos en la razón, sería exigible por lo menos que nos demostraran la razón de su certeza. La razón para los adultos era pues el gran poder del individuo que lo había sacado del estadio de la barbarie y lo había conducido al mundo del progreso. Ya Condorcet, por ejemplo, se había ocupado de recordarnos que el avance de la ciencia (gracias a la razón evidentemente) nos llevaría irremediabilmente al progreso en el terreno moral y el político. Sin embargo, separándose algo de esta vía hasta cierto punto historicista o determinista que planteaba la

(4) Recientemente un conocido teórico político liberal ha publicado un conjunto de ensayos donde reivindica el compromiso político del liberalismo. Cfr. HOLMES, Stephen. *Passions and Constraint: On the theory of liberal democracy*. Chicago: Chicago University Press, 1995.

(5) Cfr. CONNOLLY, William. *Political Theory & Modernity*. New York, Ithaca: Cornell University Press, 1993.

(6) Recordemos aquí la frase de Carl Schmitt -que ciertamente compartimos- de que todos los conceptos políticos son conceptos políticos secularizados y en consecuencia el derecho natural de autores como Locke o Grocio por ejemplo carece ya de la dimensión sagrada del mundo metapolítico del medioevo, por ejemplo. Cfr. *Political Theology: four chapters on the concept of Sovereignty*. Cambridge, Massachusetts: The Massachusetts Institute of Technology Press, 1985.

primera “camada” de adultos y que podría, en palabras de Isaiah Berlin, conducirnos nuevamente al estado de naturaleza por el claro contenido colectivista de este camino tomado por los ilustrados del siglo XVIII⁽⁷⁾, los adultos que siguieron al desencanto de la ilustración comenzaron a desarrollar más bien una posición menos optimista y también más pragmática en torno al modo de funcionamiento de la razón. Comenzaron así la construcción de un Estado cada vez más pasivo que solamente estuviese obligado a garantizar el mercado económico, pues éste (es decir, el libre intercambio de productos en abierta competencia) se encargaría de la distribución de la riqueza y lo que es más importante, estaría en la misión de incrementar las posibilidades de elección de los individuos. Llegado este momento, el mundo de los adultos ofrecía simplemente el ensanchamiento de las opciones de elección (no necesariamente cierto en muchos casos) sin importarles el hecho de que existieran muchos que no tuviesen la capacidad material o espiritual para realizar determinadas elecciones o, lo que es más grave, sin importarles tampoco que muchas de las elecciones y futuras elecciones pudiesen ser no solamente dañinas para los propios sujetos, sino que también pudiesen afectar a muchas personas que no estuviesen directamente involucradas con el proceso de esta elección.

La base del pensamiento de los adultos recaía entonces en la certeza de que cada ser adulto, por el hecho de ser tal, debía de realizar las elecciones más pertinentes teniendo en consideración estas circunstancias. Empero, esta posición fue tomada en términos generales y de manera muy formal y superficial por la mayoría de los adultos, sin prestar atención por ejemplo a John Stuart Mill -otro mentor de esta opción- que había tenido por lo menos el cuidado de señalar que la libertad no podía ser manejada por cualquiera, sino que había que desarrollar un grado mínimo de racionalidad,

el mismo que se produciría gracias a un largo proceso de educación en torno a ciertos valores importantes⁽⁸⁾. La neutralidad frente a los valores era, entonces, la marca de fábrica de la realización del mundo de los alumnos, ya que en ella los adultos podrían sentirse seguros de que ningún valor pudiese ser impuesto por la fuerza (el poder) a los demás sin la expresión de su voluntad. Pero esta posición extrema los conduciría al desprecio hacia cualquier fórmula normativa que tuviese un contenido real con la comunidad, pues la comunidad política reunía a un conjunto de prescripciones que eran o deberían de ser compartidas por todos. La propagación del ideal de los adultos sólo podría establecer una sociedad de desconocidos, en la cual cada cual tuviese su propia visión del mundo y esto sólo resultaría en la consolidación de una sociedad anómica y caótica. El círculo se había cerrado y el mundo de los adultos sólo serviría para restaurar el estado de naturaleza del mundo de los niños.

2 El gobierno de los jóvenes o la resurrección de la comunidad.

Hasta este momento nos hemos dedicado exclusivamente a relatar, desde la historia de las ideas políticas y la teoría política, cómo se ha producido la evolución del pensamiento moderno y cuáles han sido sus efectos en el campo de la política. Para hacer esto de modo más gráfico consideramos la analogía del estado de niñez y de adultez como las variables más afines a las dos facetas principales de la modernidad.

La grave crisis existencial a la que nos ha conducido la modernidad (es decir los niños y los adultos) nos impele a buscar ahora otros derroteros y otro arquetipo que pueda desafiar con éxito los retos contemporáneos y sobre todo encontrar una salida a la angustia generada por la falta de una dirección política adecuada y obviamente a la

(7) Ver BERLIN, Isaiah. *Two Concepts of Liberty*. Oxford: Oxford University Press, 1969.

(8) Es más, John Stuart Mill denominaba justamente adultos a aquéllos que habían alcanzado este grado de racionalidad que les permitiría manejar con éxito la libertad y el poder. Cfr. MILL, John Stuart. *Sobre la Libertad*. Madrid: Alianza, 1981.

carencia de un propósito y un sentido trascendente a nuestras acciones individuales y colectivas.

Si la niñez como venimos repitiendo respondía a instintos primarios y la adultez, por su lado, había instrumentalizado a tal punto la razón que la había deshumanizado, el camino iba entonces por el lado de la síntesis de la pasión y los instintos con la razón humana. Esta síntesis podía ser encontrada en una condición humana particular que no es otra que la **juventud**, momento exacto en el que se fusionan la prudencia con la pasión y la inteligencia con el valor.

El joven representa el idealismo que es requisito básico para determinar cualquier acción política, y también a la sana ingenuidad y sobre todo a la honestidad que podían exhibir los niños.

En la juventud podemos reunir ahora sí a todas las virtudes de las etapas anteriores sin tener que considerar sus defectos. En consecuencia, el joven representa el idealismo que era el requisito básico para determinar cualquier acción política, y también contaba con la sana ingenuidad y sobre todo a la honestidad que podían exhibir los niños. Al mismo tiempo, los jóvenes están dotados con una razón que puede controlar los instintos cuando ellos intentasen romper el equilibrio; en consecuencia, los jóvenes respetan también la ley sin hipocresías y bajo ningún punto de vista pueden ser considerados dogmáticos, porque como buenos herederos de la tradición filosófica son conscientes de que existe una única **verdad**, aunque también reconocen que no la poseen. Por ende, ninguna idea humana por más buena que parezca -por ejemplo la democracia- puede aceptarse a fardo cerrado y de modo intolerante. La juventud no podía caer tampoco en la fantasía o en el optimismo de ciertos

adultos que pensaban, por ejemplo, que el mercado y el Estado de Derecho habían eliminado al poder, pues ellos sí se dan cuenta que tanto el mercado como el mismo Estado de Derecho o la tan promovida globalización no eran mecanismos asépticos o neutrales, sino que eran también genuinas expresiones de algún poder político -con todas las consecuencias que ello trae consigo-. Creer lo contrario era candidez o estulticia *tout court*.

Sin embargo, el gran contraste de ellos frente a los niños y adultos tiene que ver específicamente con su innata vocación política que los alejaba de cualquier *praxis* individualista o egoísta. Esto los convertía en los actores más adecuados para llevar adelante cualquier proyecto político o comunitario, pues el espíritu altruista que los animaba evita o previene, por ejemplo, problemas tan frecuentes como el abuso del poder en el mundo de los niños o como la corrupción en el mundo de los adultos.

Por otro lado, el respeto que los jóvenes profesaban por la ley no implicaba, como en el caso de los adultos, una obediencia ciega y dogmática a algún código o constitución humana, pues estaban al tanto de que ninguna ley escrita o positiva por más buena o perfecta que pudiese ser jamás podría colocarse en un plano superior a la justicia. La justicia, al mismo tiempo, no pertenecía a la esfera de la abstracción o la ilusión -como la justicia kantiana por ejemplo- o al espacio de la arbitrariedad -como en el caso de Trasímaco- sino al mundo real y contingente (razón práctica) que marcaba la relación entre las personas y las cosas o entre las propias personas en general. El modo para medirla no era tampoco una novedad, pues era el mismo que el empleado en la Grecia clásica, esto es la virtud de la moderación, *sophrosyne*.

Ahora bien, esta moderación implicaba una distribución que se funda en función a la correspondencia que reúne así al mérito, la pertenencia, la necesidad y por qué no hasta la caridad, aunque esta última fuese más bien un añadido moral brindado por el cristianismo.

Pero si la vitalidad movía a la juventud -a semejanza de los niños- no podríamos pasar de vista que la juventud también, es en parte, contemplación. La política ciertamente no podía ser exclusivamente acción y transformación, o discusión permanente, sino que requería necesariamente de la filosofía para poder realizar su ser. En esta línea de reflexión, la juventud se aliaba con los filósofos políticos para buscar la verdad política, esto es el mejor régimen político, de modo tal que se logre transformar las **opiniones políticas** (generalmente de los niños y los adultos) en **conocimiento político**⁽⁹⁾.

La juventud, podríamos decir finalmente, reúne a la política y a la filosofía. Los jóvenes eran, al mismo tiempo, ciudadanos atentos a los requerimientos de la *polis*, lo cual implicaba además cumplir con sus obligaciones sociales antes que exigir cualquier derecho o libertad. Pero del mismo

modo, la ciudadanía requería la presencia de una verdad que fuese precisamente la razón de ser de la política. No era por azar que la filosofía había nacido dentro de la *polis* en crisis y que su propósito era recuperar el orden perdido, a fin de que la *polis* pueda nuevamente ser el espacio de la virtud y la buena vida.

Terminando este recorrido resulta evidente la armonía que se manifiesta en la relación de los jóvenes⁽¹⁰⁾ con la política y que no puede ser comparada bajo ningún punto de vista con la relación de los adultos y los niños con la política. En este sentido, podemos tener ahora una idea más clara del por qué del fracaso de la política contingente y comprender también la vital importancia que tiene en los actuales momentos la formación de una auténtica élite de jóvenes dispuestos a sacrificarlo todo en pro de restaurar el orden y la seguridad dentro de la *polis*. Que así sea. A^{E}

(9) STRAUSS, Leo. *What is Political Philosophy and other studies*. Chicago: Chicago University Press, 1989.

(10) Nótese que nuestra definición de joven no se queda anclada en lo biológico. Consideramos que la juventud es un estado más bien del alma que del cuerpo. De hecho, en los últimos tiempos hemos sido testigos de cómo la administración pública y privada reposa cada vez más en las manos de jóvenes e imberbes tecnócratas que acogen en su interior sólo espíritus agotados que han perdido ya cualquier nexo con la vitalidad juvenil.